

HISTORIA Y PROCESO CREATIVO EN EL EPISODIO NACIONAL, *UN VOLUNTARIO REALISTA*

James Whiston

Trinity College, Universidad de Dublín

Para un acontecimiento oscuro como la guerra de los agraviados de Cataluña del año 1827 (tema del *episodio*, *Un voluntario realista*) Galdós se vio obligado a apoyarse casi por completo en el libro de historia en tres volúmenes escrito por Estanislao de Kostka Bayo, llamado *Historia de la vida y reinado de Fernando VII de España* (Madrid, Imprenta de Repullés, 1842). El mismo Galdós, en una carta a Mesonero Romanos, deja ver la importancia de este libro para sus *episodios* cuando escribe desde Santander: «Encuéntrome aquí sin otros materiales que la *Historia de Fernando VII* que me ha servido de guía durante los veinte tomos y la *Historia de la Masonería*»¹. El ejemplar que manejaba el novelista está ahora en su biblioteca reunida en la Casa Museo Galdós². Rodolfo Cardona ha consignado ya de un modo general la importancia de este libro, basándose en las muchas páginas marcadas (por Galdós, se supone)³. En cuanto a *Un voluntario realista* no es arriesgado decir que sin las 24 páginas (vol. III, pp. 292-315) que Bayo dedica a la sublevación catalana Galdós no podía haber escrito este *episodio*. También el empleo de esta fuente histórica por Galdós comprueba cuán pocos hechos históricos necesitaba el novelista para trazar su propio cuadro. Esto fue notado por Mesonero Romanos, y es una observación importante que da con la clave artística de la segunda serie de los *episodios*. Mesonero habla de *Los cien mil hijos de San Luis* pero sus palabras pueden extenderse por todo el panorama de la segunda serie. El costumbrista alaba en Galdós

la poderosa inventiva de usted, la sagacidad y destreza para continuar en los términos más brillantes el desarrollo de su drama y combinarlo con la marcha de los sucesos históricos [...] y [...] estoy en el caso de apreciar la inmensa fuerza de intuición con que usted, con su clarísimo ingenio, se hace dueño de situaciones, caracteres y períodos históricos que sólo ha podido escuchar de mi boca o leer en tal o cual libro o periódico⁴.

A esta «poderosa inventiva» tuvo que recurrir Galdós para la composición de *Un voluntario realista*. En la misma novela el narrador habla del origen oscuro⁵ de la guerra de los agraviados. Bien podría ser que esta misma oscuridad fuese fuerte motivo en la elección del tema de la guerra apostólica por Galdós porque le dejaba campo extenso para su imaginación, con mínimas restricciones históricas. Esto nos hace recordar las palabras lacónicas que escribió Galdós en el Prólogo a los *Episodios Nacionales Ilustrados* de 1885: que los *episodios* de la segunda serie resultaban «más novela»⁶ que los de la primera, es decir que debían más a la imaginación histórica del novelista que a la historia misma. Así pues, a pesar de tener una sola fuente histórica en que apoyarse, Galdós sin embargo no seguía de un modo rígido el relato de Bayo, porque entre los dos autores hay una importante diferencia de enfocamiento. Galdós pudo haber llamado su novela *La guerra de los agraviados* pero escogió el título *Un voluntario realista*. Bajo este título yace toda una diferencia de concepción entre Bayo y Galdós, porque el novelista enfoca su relato desde el punto de vista de uno de los participantes de la sublevación. El título de Galdós llama la atención: *Un voluntario realista*, la frase, sencilla y basta como el mismo protagonista epónimo, indica que Galdós quiso examinar desde dentro este prólogo a la guerra carlista, empleando su arte de novelista para profundizar en el corazón y el espíritu de un voluntario realista como Pepet Armengol. Algo de este procedimiento imparcial se deja entrever en el ya citado Prólogo a los *Episodios Nacionales Ilustrados* cuando Galdós se refiere a «las luchas entre la tradición y la libertad, soldado veterano la primera, soldado bisoño la segunda; pero ambos [...] frenéticos y encarnizados»⁷. Bayo en cambio demuestra muy poca simpatía hacia los apostólicos del pueblo que escucharon la voz de los clérigos para levantarse, o en otras palabras los voluntarios realistas como Pepet Armengol en la novela de Galdós. Bayo les llama «aquellas heces de la democracia»⁸, y en otra ocasión «voluntarios realistas [...] que eran la hez del pueblo»⁸ (B: 318). Cierto es que Galdós, igual que Bayo, no tuvo la más mínima simpatía hacia la sublevación de 1827, pero le interesaba poner a claras la parte jugada por el pueblo en la rebelión, y reservaba sus palabras de condenación para el clero, la hipocresía de éste, reconociendo el papel infeliz y trágicamente tonto que desempeñaba en ella el pueblo por ser juguete del clero.

Pero como novelista Galdós también tenía que alejarse de su fuente, Bayo. Quería que su pobre sacristán/protagonista, Pepet Armengol, se revistiera de algunas de las cualidades del héroe, a la vez que no le dejaba escaparse de la esfera mezquina a que es sujetado por rivalidades internas en la causa apostólica y por capricho de la monja Sor Teodora de Aransís⁹. Existe en *Un voluntario realista* cierta simpatía hacia el pueblo, reflejada en la caracterización de Pepet Armengol. Si esta simpatía está presente por razones ideológicas o estéticas no es claro, pero desde el punto de vista estético si Pepet hubiese sido una nonentidad vulgar habría resultado difícil dotarle de características interesantes y de un desarrollo simpático. Así en esta novela en el personaje de Armengol vemos un aspecto de la tensión que existe entre el arte de Galdós y la historia. Dado el papel pasivo y secundario de Salvador Monsalud en *Un voluntario realista* a Galdós le hacía falta un protagonista, y al darle a Pepet energía, pasión e

idealismo se alejó del cuadro despectivo de los voluntarios realistas que trazó Bayo. También puede ser que en esta novela, escrita en la primavera de 1878, vemos ya los principios de una inclinación hacia el pueblo que culminará con el retrato del protagonista de *El caballero encantado*, pasando por los personajes de Fortunata y Benina.

Esta diferencia de perspectiva entre novelista e historiador se destaca claramente en una anécdota contada por Bayo sobre la conquista de Manresa por los sublevados a fines de agosto de 1827. La anécdota tiene que ver con el modo en que fueron tratados los liberales después de la entrega de la ciudad a los apostólicos, y es como sigue:

Sumieron en la cárcel a cuantos reputaron enemigos de sus planes, y todas las mañanas a la voz de *mueran los negros, viva la religión*, obligábanlos a barrer la plaza pública con un cántaro y una escoba en las manos. El desenfrenado vulgo, fanatizado por los frailes, insultaba a aquellos infelices llenándolos de denuestos, y hasta las mujeres convertidas en horribles harpías se abalanzaban a ellos y desgarraban sus vestidos (B: 301).

Vale la pena hacer una comparación entre este relato y la versión de Galdós, haciendo resaltar la habilidad del novelista para dramatizar la historia y transformarla en novela. El trozo de Bayo citado arriba está marcado por Galdós, y aquí viene la versión galdosiana:

[Habla Jep dels Estany a Pepet] ya sabes que la cárcel está llena de presos. Son los liberales y toda la gentuza negra de Manresa..., conozco a algunos. Esos son los que van a poner a nuestra ciudad como el mismo oro. Llévate un par de docenas de hombres armados, entra en la primera tienda donde encuentres escobas y cubos, y toma tantos como sean los presos..., me parece que éstos pasarán de veinte. Luego vas a la cárcel, sacas a los negros, y a cada uno le pones en la mano su escoba y su cubo. Ellos limpiarán y tus soldados les vigilarán. Al primero que se niegue al trabajo, o murmure de nosotros, o pronuncie algún vocablo contra el Altar o el Trono, me lo dejas en el sitio. No te digo más.

Ni él [Pepet] necesitaba más. Aquella tarde se hizo todo como lo había mandado el jefe, y las calles quedaron limpias de inmundicias. No así el corazón de los apostólicos, que cada vez se enfangaba más (O.C.: 46).

El relato seco de Bayo ha cobrado un gran sentido de color y vida bajo la pluma de Galdós. Pero muy interesante también resulta la omisión por Galdós de la segunda parte de la anécdota de Bayo. Se ve por la cita de Galdós que éste no tuvo ninguna simpatía hacia la sublevación. Sabido es que Galdós, cuando quiso castigar a la gente del pueblo, ora reaccionaria, ora revolucionaria, no se mordía la lengua. Pero en *Un voluntario realista* Galdós no quería condenar del todo la parte jugada por el pueblo o su protagonista en la sublevación de 1827. Un examen del manuscrito de la novela confirma nuestra sospecha en torno al empleo de esta anécdota por Galdós. En el manuscrito después de «se enfangaba más» hallamos lo siguiente:

Si Armengol y los suyos hicieron uso de las armas fue para defender a los negros barrenderos de los ultrajes de las harpías manresanas que consideraban meritorio a los ojos de Dios el desgarrar los vestidos de aquellos infelices¹⁰.

Esto fue omitido por Galdós en la edición impresa.

En términos generales Bayo y Galdós comparten la misma actitud hacia los cabecillas de la rebelión (Jep dels Estanys, *Caragol* y *Pixola*): que la ambición y el dinero fueron su motivación principal; pero merece notar que Galdós le dedica una palabra de alabanza a *Caragol*, de quien escribe: «era el más humano de los junteros» (O.C.: 46). Esto no está en Bayo y quizás tuvo su origen en el deseo de Galdós de humanizar un poco su retrato de estas figuras menores, las cuales desaparecieron por completo del mapa político después de 1827. El carácter de los cabecillas en la novela de Galdós podía igualmente haber surgido del contraste que encontró Galdós entre la hipocresía de los clérigos (dramatizada en la figura de Sor Teodora de Aransís) y la manera de obrar de los cabecillas, quienes, si fueron salvajes lo eran de un modo abierto y franco.

Sin embargo Galdós no deja de dramatizar los aspectos negativos, a su modo de ver, de la rebelión de los voluntarios realistas desafectados. En la breve campaña de Pepet Armengol Galdós describe su conducta brutal y despótica. La fidelidad moral de este ficticio retrato negativo fue autorizado por Bayo, quien en su *Historia...* describe cómo los apostólicos maltrataron al alcalde de Manresa (B: 301) y cómo se comportaron en Vic «sembrando el pavor entre los ciudadanos pacíficos y atropellando las personas y las propiedades» (B: 302). También asevera Bayo que cuando después de suprimida la rebelión, regresaron a sus casas los agraviados vencidos, «insultábanlos sus compatriotas, enfurecidos con los excesos que habían cometido» (B: 309). En su retrato de este aspecto siniestro del voluntario realista, Pepet Armengol, Galdós pudo demostrar cómo la libertad fue amenazada por tanto fanatismo, pero sin descartar a los voluntarios realistas como «las heces de la democracia», que era, como vimos, la actitud de Bayo. Galdós prefirió andar la funámbula entre tener un héroe de novela y un verdadero retrato histórico, es decir, hacer que su personaje fuese capaz de capturar el interés y la simpatía del lector, pero sin romantizarlo en lo mínimo.

¿Por qué escogió Galdós el pueblo leridano de Solsona para su historia de la sublevación de 1827? En esto no siguió a Bayo, quien señala a Manresa como centro de la rebelión. Por escoger un pueblo de nula importancia en los acontecimientos del 27 Galdós pudo apurar los recursos irónicos que esta ubicación le proporcionaba. En los primeros párrafos y por todo el relato que tiene que ver con Solsona la ironía es cervantina: como aquel «lugar de La Mancha», Solsona en 1827 no es un pueblo que dará origen a heroicos acontecimientos militares. Al situar los principios de la rebelión en el convento de San Salomó Galdós siguió a Bayo cuando el historiador habla de «reuniones [...] en el monasterio de Poblet: brillaban en ellas obispos y eclesiásticos sedientos de sangre, a quienes estimulaba el ansia de destruir las generaciones liberales» (B: 297). Esto dará lugar a la escena de las monjas y Josefina Comerford —«espectros sanguinosos»— (20) en el convento de San Salomó¹¹. Pascual Madoz en su *Diccionario geográfico...* (fuente indiscutible para algunos detalles geográficos de Solsona) habla de cuatro conventos en el pueblo, entre ellos «el convento de monjas de la Enseñanza» y «un convento de dominicos»¹². Sumando y restando Galdós terminó por crear un convento de monjas dominicas que no enseñaban a nadie y cuya especialidad era «el arte culinario» (10).

Según los apuntes que escribió Galdós para la composición de *Un voluntario realista*, esparcidos a lo largo del manuscrito, el novelista pensaba en utilizar el pueblo de Vic (Barcelona) para su cuento. Al revés de ms.: 139 escribió «[Pepet] Va a Vich» y al revés de ms.: 152 volvió a pensar en esta idea: «Tilín [es decir, Pepet] vuelve a Solsona y va después a Vich». Luego tachó la palabra *Vich* y escribió «Manresa, donde está el hecho más culminante de la campaña apostólica». En la versión final de la novela no utilizó el pueblo de Vic, limitándose a dos escenarios: Solsona y sus afueras, que ocupa casi la totalidad de la novela, y Manresa que ocupa los capítulos XIII y XIV. Para la decisión de sustituir a Vic por Manresa fue influido por el hecho de que Bayo presta atención particular a Manresa (B: 300-302). Pero es evidente que Galdós prefirió poner la escena en Solsona, lo cual al par que le daba un alcance más amplio para su novela como obra de ficción, le permitía socavar las ilusiones de su héroe, porque efectivamente en Solsona no pasa nada: es un pueblo que no tiene ninguna importancia estratégica en la campaña del 27¹³.

La breve atención que Galdós dedica al obispo de Solsona nos ayuda a formar idea de cómo utilizaba el novelista el libro de Bayo. En la edición impresa de *Un voluntario realista* el obispo es mencionado solamente dos veces: para la recepción de Sor Teodora como monja de San Salomó, y cuando se llevan a las monjas a su palacio después del incendio del convento. Sin embargo, en una versión anterior a la edición impresa Galdós dedicó una página de su manuscrito al obispo y a su actitud hacia la rebelión. A continuación va el texto de la página tachada por Galdós antes de escribir su versión final. (Está al dorso de ms.: 95):

De todas las personas de viso la que menos se entusiasmó fue el señor obispo, hombre de bastante seriedad que no creía en las órdenes reservadas del Rey, y era enemigo de bullanga. Decía que los realistas estaban imitando a los demagogos del año 20, y a los que quisieron enredarle en la vasta intriga de aquella insurrección rústico-clerical repuso que *para payasadas no se contara con él*. Encerróse en su palacio y dejó la ciudad entregada a Pijola. Si él ¡vive Dios! tuviera jurisdicción sobre las madrecitas de San Salomó (que dependían del abad de San Bernardo establecido en Barcelona) ya les habría sentado la mano. Al señor obispo nadie le quitaba de la cabeza que todo aquello era obra de los *jacobinos*.

Galdós sacó estas ideas de diversas partes de las páginas de Bayo que tienen que ver con la sublevación. La primera idea —donde el obispo se niega a creer que Fernando VII había expedido secretas órdenes autorizando la rebelión— fue tomada del párrafo en que Bayo se refiere a una carta pastoral del obispo de Barcelona en la que decía a su rebaño «que no creyese semejantes órdenes secretas del Rey» (B: 298). La idea de que «los realistas estaban imitando a los demagogos del año 20» viene de la proclama del Rey al pueblo catalán, fechada en el 28 de septiembre de 1827, en la que Fernando declara que el juntarse con la rebelión era «imitar la conducta y hasta el lenguaje de los revolucionarios de 1820» (B: 306). La tercera idea de que la rebelión «era obra de los jacobinos» —se encuentra también en Bayo y se atribuye a varios obispos anónimos: «Los pastorales de tantos obispos que ya en los primeros albores de la revuelta habían querido conjurar la tormenta con su elocuencia, atribuyendo el pronun-

ciamiento a la libertad y a sus amigos, no surtían efecto» (B: 299). La página omitida es interesante porque demuestra el genio de Galdós para sintetizar y dramatizar los datos históricos: aquí, algunas ideas esparcidas por las páginas de Bayo se cristalizan en las opiniones del obispo de Solsona. Pero ¿por qué omitió Galdós esta página en la versión final de la novela? Un poco antes de esta página Galdós rechazó la parte que sigue de la conversación entre Josefina Comerford y tres monjas de San Salomó (habla la abadesa):

Dulcísimo es para nosotros prestar este concurso a obra tan insigne [es decir, la rebelión]. Nada haríamos, a pesar de nuestro interés por la religión, sin el consentimiento del prelado, pero pues lo tenemos, sirva de algo nuestra inutilidad (ms.: 74-1°).

Se ve que Galdós pensaba aquí hacer que el obispo de Solsona diese su aprobación a la guerra de los agraviados, cuando en la previa cita se ve que desaprobaba la rebelión. No hubo contradicción aquí en cuanto al retrato de una posible actitud del obispo de Solsona. Bayo nos dice de otro prelado: «El obispo de Vich, que había andado enzarzado en aquellas tramas, representó al monarca en 2 de enero de 1828 que habían esparcido por el reino una exposición a nombre suyo defendiendo la extinguida sedición, y que era falsa» (B: 313-4). Pero el hecho es que Galdós no podía apoyarse en ningún testimonio histórico para su retrato del obispo de Solsona. Al intentar, pues, la reconciliación entre las ideas contradictorias de la aparente independencia de las monjas en la primera cita y su decisión de no hacer nada sin el consentimiento del obispo, fue necesario quitar una de estas citas opuestas. Galdós optó por quitar las dos citas y con ellas el breve retrato del obispo de Solsona. El resultado de esta omisión es que se enfoca en la abadesa, el capellán y Sor Teodora, todos personajes ficticios, y se deja al lado al obispo de Solsona, personaje histórico. Así Galdós evitó un posible desacierto histórico. Esta omisión de cualquier papel político del obispo de Solsona nos confirma en nuestro juicio de que Galdós escogió Solsona como centro de su narrativa porque le daba campo generoso para la parte ficticia de su novela: la introducción del obispo representaba una innecesaria intrusión factual en una Solsona que era en gran parte producto de la imaginación de Galdós. Así pues, el obispo fue quitado de la trama estrictamente histórica del cuento.

Como observa Mesonero Romanos (citado arriba), cuando Galdós se sentaba a escribir *Un voluntario realista* tenía ya larga experiencia en combinar elementos históricos e imaginarios en el retrato de sus personajes. Aun con el tema oscuro y poco documentado de *Un voluntario realista* su caracterización de este período habría merecido en este caso también los altos elogios que recibió de Mesonero Romanos por sus novelas madrileñas de la segunda serie. Aparte de unos contados deslices históricos de muy poca importancia, Galdós apura todos sus recursos de novelista para integrar su cuento con una pintura fiel de la época que describe. En su retrato de los dos protagonistas apostólicos Galdós sigue fielmente la caracterización de los agraviados descrita por Bayo con respecto al modo en que fueron manipulados por los clérigos. Como vimos, Bayo habla de «el desenfrenado vulgo, fanatizado por los frailes», y también de que en Manresa estuvo «erigida en poder la teocracia» (B: 301) y del «obis-

po de Vich, que había andado en aquellas tramas». En el cuento de Galdós Pepet Armengol es el resorte manipulado por Sor Teodora para la satisfacción de sus propios fines. En el manuscrito Galdós había hecho patente este paralelo entre ficción e historia cuando después de nombrar a la Junta de Manresa, continuó:

Quando la insurrección fue vencida y empezaron las crueles venganzas de la ultrajada autoridad absoluta, los paisanos y militares fueron fusilados; mas los sacerdotes tornaron a sus conventos y a sus catedrales (ms.: 221).

Aunque omitió esto en la edición impresa mantuvo hasta el final de la novela el paralelo entre las relaciones Pepet/Teodora y el papel de los clérigos en la sublevación de 1827.

El retrato de Salvador Monsalud en *Un voluntario realista* está íntimamente ligado con la situación de los liberales en la primera mitad de la «ominosa década». Monsalud aparece tres veces en la novela. Si se hace una lista de sus aventuras se comprobará que uno de sus papeles en esta novela¹⁴ es el de ser tirado de aquí para allá al antojo de las complicadas relaciones, tanto personales como políticas, que rigen entre la facción apostólica. La situación de Monsalud en *Un voluntario realista* puede resumirse así: detenido y puesto en libertad por Armengol; encarcelado por Pixola; puesto en libertad por Armengol; cazado por Carlos Navarro; salvado por Sor Teodora; detenido por Navarro; entregado a Guimaraens y Chaperón; sustituido en prisión por Armengol; puesto en libertad por Guimaraens. Como espía de los liberales en el exilio su relato será esencialmente negativo: que España de ningún modo está lista para un pronunciamiento liberal. Y como sugiere su nombre falso *Servet*, el papel de Monsalud en esta novela es subordinado, el de espectador de la lucha entre fernandistas y apostólicos. Monsalud, pues, a cada paso que da en *Un voluntario realista*, refleja la situación de los liberales hacia la mitad de la «ominosa década», es decir, la de una impotencia casi total frente a la lucha por el poder entre las dos facciones del absolutismo. En cuanto a los liberales de Barcelona, Bayo comenta así: «El conde de España expulsó de la provincia a cuantos oficiales procedían de las filas del ejército constitucional, y llenó de dolor y de luto a sus familias, sumidas en la miseria y en la orfandad. Preludios eran estos de mayores infortunios» (B: 312).

Es probable que la creación del personaje menor, don Pedro Guimaraens, haya nacido del deseo de Galdós de reflejar la posición de los que, sin ser liberales, no simpatizaron con la rebelión de los agraviados y que fueron blanco de las represalias de éstos, según cuenta Bayo:

Los agraviados hartábanse de venganza contra los que ellos llamaban liberales, que eran los que por su industria o por sus riquezas vivían en el seno de la abundancia y no se habían pronunciado partidarios suyos (B: 303).

Galdós pudo utilizar una sencilla observación como esta para escribir la escena dramática entre Armengol y Guimaraens, en que el «pacífico veterano» (25) es capturado por el voluntario realista y llevado «como alimaña recién cogida» (26) a la prisión. Esta escena tendrá luego su importancia psicológica en el desenlace de la novela: Guimaraens no tendrá escrúpulos en sustituir a Monsalud por Armengol, cuando el mismo Guimaraens tiene el puesto de poder.

Terminamos este trabajo sobre historia y proceso creativo en *Un voluntario realista* con una interpretación —arriesgada quizás— sobre el origen del fuego en el ficticio convento de San Salomó. Podrá ser de ayuda para entender un aspecto menor del proceso creativo de Galdós y de dónde sacaba las ideas para la parte imaginativa de sus novelas. ¿Cómo tuvo la idea del fuego sus comienzos en la imaginación de Galdós? El fuego no parece tener duradero valor simbólico para significar la destrucción de un modo de vida antiguo en la estela de la guerra de 1827. Leemos en *Un faccioso más y algunos frailes menos* que «una monja Aransís» sigue viviendo en Solsona¹⁵, lo cual indica que el convento ficticio fue reconstruido (en la imaginación de Galdós, es claro) entre 1827 y 1833. El fuego sí tiene estrecha relación análoga con la situación de 1827. El incendiario Pepet Armengol es también un agraviado de amor y el incendio es otra faceta del carácter de los agraviados, motivados tanto por venganza y egoísmo como por un ideal torcido. Se le acusa a Salvador Monsalud y es sentenciado a muerte sin proceso judicial. Sor Teodora persuade a Pepet a que se declare culpable del incendio pero sin dar a conocer en su declaración el papel de la monja y sin tener los últimos auxilios de la iglesia. Todas estas escenas surgen del ambiente antiliberal e hipócrita descrito por Bayo en sus páginas sobre la sublevación de 1827. Pero hay en el texto de Bayo una curiosa ocurrencia: para describir la guerra de los agraviados Bayo emplea continuamente metáforas relacionadas con el fuego. Damos a continuación algunos ejemplos del estilo de Bayo cuando menciona la sublevación:

encendióse ésta en la provincia de Cataluña (B: 295);
la insurrección comenzó a despedir sus primeros destellos (B: 296);
en el transcurso de abril a junio el incendio pareció sofocado (B: 298);
Fernando [...] no quería que el incendio tomase más cuerpo (B: 299);
antes de partir tuvo [el conde de España] una conferencia misteriosa en el cuarto del infante don Carlos, donde sin duda se establecieron las bases de sus futuras acciones, pero conservando preparada la leña para volverla a encender a la primera chispa (B: 300).

(Véanse también otros ejemplos en Bayo: 296, 298, 303, 304 y 307).

¿Hubo aquí una asimilación consciente de estas metáforas por Galdós? En general el texto de Bayo está escrito de una manera sobria y factual (aunque él también tenía sus puntas y ribetes de novelista: véase el catálogo de sus novelas históricas en la Biblioteca Nacional de Madrid). Quizás esta insólita figura literaria cautivó la imaginación de Galdós y le dio la idea para el incendio de San Salomó¹⁶.

Estas escasas páginas de Estanislao de Kostka Bayo, además de valer mucho en sí como crónica casi contemporánea de la oscura sublevación apostólica de 1827, le sirvieron a Galdós de imprescindible fuente histórica para la composición de *Un voluntario realista*. También nos sirven hoy a nosotros los críticos para entender un poco mejor el misterioso parentesco entre vida y arte en una novela de Galdós. En cuanto a *Un voluntario realista*, la diferencia mayor entre Galdós y su fuente está en la pintura del pueblo. En vez de descartar despectivamente a los voluntarios realistas Galdós obedeció a su propio instinto de

novelista y dio un salto imaginativo por encima de la división ideológica que debía haber existido entre él, liberal burgués, y el carácter del voluntario realista Pepet Armengol y el de la monja sor Teodora. Así, en *Un voluntario realista* la historia juega un papel secundario, pero no falsificada, y cede lugar a un examen del corazón del apostolicismo en las figuras de Armengol y sor Teodora. Y decimos un papel verídico, porque aunque en *Un voluntario realista* la casa de ficción se construyó casi por entero con materiales imaginarios, el novelista guardó estrecha relación significativa entre sus entidades ficticias y la época que describe. Pero Galdós, como novelista, va más allá de su fuente histórica. Sus personajes apostólicos, Pepet Armengol y sor Teodora de Aransis, bien habrían merecido la desaprobación más dura de Bayo si hubiesen gozado de existencia efectiva: los dos son despóticos, el uno cruel, la otra hipócrita; pero también tiene un destino auténticamente humano, patético y universal al verse despojados, por las circunstancias de aquella época española, de cualquier papel satisfactorio en la vida. Quizás aquí damos con una de las claves de la grandeza de Galdós: en sus mejores *episodios* no tenía que sacrificar nada de sus exigencias de buen novelista a la que para él era la fidelidad histórica: en este caso de *Un voluntario realista* las páginas de Estanislao de Kostka Bayo sobre la guerra de los agraviados.

NOTAS

¹ E. VARELA HERVÍAS, ed., *Cartas de Pérez Galdós a Mesonero Romanos* (Madrid, Excmo. Ayuntamiento de Madrid, 1943), p. 53.

² Véase H. CHONON BERKOWITZ, *La biblioteca de Benito Pérez Galdós* (Las Palmas, El Museo Canario, 1951), p. 81. Por una errata de imprenta el nombre del historiador se escribe «Costa Bayo».

³ R. CARDONA (1968), *Apostillas a los Episodios Nacionales*, de Hans Hinterhäuser, «Anales Galdosianos», vol. III, Pittsburgh, pp. 119-142.

⁴ VARELA HERVÍAS, *Op. cit.*, p. 26.

⁵ B. PÉREZ GALDÓS, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1951, vol. II, p. 79. Las demás referencias a la novela se incluirán en el texto, con la sigla «O.C.», seguida de la página.

⁶ W. H. SHOEMAKER, *Los prólogos de Galdós* (Urbana y México, D. F., University of Illinois y Ediciones de Andrea, 1962).

⁷ SHOEMAKER, *Op. cit.*, p. 55.

⁸ BAYO, *Op. cit.*, p. 295. Las demás referencias a esta obra vendrán en el texto, con la sigla «B», seguida del número de página. (La ortografía ha sido modernizada).

⁹ Para la técnica empleada por Galdós con respecto al protagonismo de Pepet Armengol véase W. H. SCHERZER (1981), *Character Creation in On voluntario realista*, «Anales Galdosianos», vol. XVI, Las Palmas, pp. 9-14.

¹⁰ El manuscrito de *Un voluntario realista* se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura: ms. 21762). Las demás referencias a este ms. vendrán en el texto, con la sigla «ms.», seguida del número de página. (La ortografía ha sido modernizada).

¹¹ Para un excelente análisis de esta escena véase J. HERRERO (1972), *La «omínosa década» en los Episodios Nacionales*, «Anales Galdosianos», vol. VII, Austin, pp. 107-115.

¹² P. MUÑOZ, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y de sus posesiones de ultramar* (Madrid, Imprenta del Diccionario geográfico-estadístico-histórico de D. Pascual Madoz, 1849), vol. XIV, pp. 432-435.

¹³ Según MADDOZ (*Op. cit.* y pp. citadas) Solsona tuvo gran importancia estratégica en la Primera Guerra Carlista y dio lugar a heroicos lances por ambos partidos. Para el lector entendido, pues, la elección de Solsona por Galdós tenía otra capa de ironía: las heroicas hazañas por las que soñaba Pepet Armengol llegaron a Solsona después de su muerte.

¹⁴ Dado el ambiente «de aquella extraña guerra, tan parecida a los sangrientos desórdenes y rebeldías de la Edad Media» (102) a que se refiere Galdós en el último capítulo, otro de los papeles desempeñado por Monsalud en esta novela podría ser el del caballero verdaderamente cristiano buscando aventuras en un país de fanáticos y guerrilleros feroces que matan sin piedad ni escrúpulo. Abundan en la novela las imágenes de cielo e infierno, y tanto el narrador como Monsalud y los personajes apostólicos tienen a menudo el nombre de Dios o del diablo en sus labios.

¹⁵ B. PÉREZ GALDÓS, *Op. cit.*, p. 229.

¹⁶ Otra fuente en que es posible se apoyara Galdós es C. ROSELL, *Historia de España: Aumentada con todos los sucesos que comprenden la historia de su levantamiento, guerra y revolución [...] hasta los acontecimientos de 1841* (Madrid, Oficina del Establecimiento Central, 1842). En el tomo XXIII se dedican seis páginas (pp. 89-95) a la guerra de los agravios, y no hay metáfora relacionada con el fuego para describir la sublevación.